

Affinity Konar
La otra mitad de mí



Galaxia Gutenberg

AFFINITY KONAR

La otra mitad de mí

Traducción de
Fernanda Melchor

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Mischling*
Traducción del inglés: Fernanda Melchor

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2017

© Affinity Konar, 2016
© de la traducción de Fernanda Melchor,
cedida por Editorial Océano de México, S.A. de C.V., 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 4033-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-864-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Philip

PRIMERA PARTE

Stasha

CAPÍTULO 1

El mundo después del mundo

Fuimos creadas al mismo tiempo. Mi gemela Pearl y yo. O, para ser más precisa, Pearl se formó y yo me escindí de ella. Se estampó a sí misma en la matriz, y copió su rúbrica. Durante ocho meses nos mantuvimos a flote en la nevada amniótica, dos mitones rosados reposando en el interior de nuestra madre. No podía imaginar que existiera algo más maravilloso que el útero que compartíamos, pero cuando finalmente los armazones de nuestros cerebros terminaron de ser esculpidos y nuestros brazos estuvieron formados, Pearl quiso conocer el mundo que se encontraba más allá de nosotras. Así que, con el arrojito de una recién nacida, se escupió a sí misma fuera de nuestra madre.

Aunque prematura, Pearl era una bromista muy sofisticada. Me dije a mí misma que todo aquello no era más que uno de sus trucos, que pronto volvería para burlarse de mí. Pero cuando no regresó, ya no pude respirar. ¿Alguna vez han tenido que vivir con la mejor parte de ustedes mismos a la deriva, situada a una distancia inescrutable? Si es así, estoy segura de que conocen los peligros de esta condición. Cuando perdí el aliento, mi corazón también se detuvo, y mi cerebro se encendió con una fiebre inimaginable. En mi palidez fetal, me enfrenté a esta verdad: sin ella, yo me convertiría en una cosa dividida e indigna, un ser humano incapaz de amar.

Y fue por ello que seguí la iniciativa de mi hermana y permití que las manos del doctor me arrancaran, que me golpearan y me sostuvieran a la luz. Nótese que yo jamás lloré durante las rupturas de esta transición indeseada. Ni siquiera cuando nuestros padres se negaron a cumplir mi deseo de ser llamada Pearl, igual que mi hermana.

En cambio, me convertí en Stasha. Y cuando las labores del parto finalizaron, ingresamos al mundo de la familia, el piano y el li-

bro; días en los que permanecíamos anonadadas ante la belleza del mundo. Éramos tan parecidas: nos encantaba tirar por la ventana canicas al adoquinado y, con nuestros binoculares, observarlas descender colina abajo, sólo para ver hasta dónde las conducían sus pequeñas vidas.

Ese mundo rebosante de asombro también se terminó. Igual que la mayoría de los mundos.

Pero debo confesarles que también conocíamos otro mundo. Algunos dirán que es el que realmente nos formó. Y estarían equivocados, pero, por el momento, permítanme afirmarles que nuestro ingreso a este mundo dio comienzo en nuestro duodécimo año de vida, cuando nos apiñaron al fondo de un vagón para ganado.

Durante aquel viaje, que duró cuatro días y cuatro noches, sobrevivimos a base de engaños. Como único alimento, lamimos por turnos la piel amarillenta de una cebolla. Para entretenernos, jugamos el juego que Zayde inventó para nosotras, un juego llamado La clasificación de los seres vivos. A la manera de las charadas, había que interpretar a un ser viviente, y el otro jugador debía nombrar la especie a la que pertenecía, el género, la familia, y así hasta llegar a la brillantez abarcadora de los reinos.

En aquel vagón de ganado repasamos un montón de seres vivos, asumimos posturas que iban desde el oso hasta el caracol, y vuelta a empezar, pues Zayde insistía siempre –con su voz resquebrajada por la sed– que era importante organizar el universo de la mejor forma que pudiéramos con nuestras habilidades demasiado humanas. Cuando el vagón finalmente se detuvo, yo también detuve mi charada. Según recuerdo, en aquel momento yo trataba de convencer a Pearl de que era una ameba. Aunque también es posible que hubiera estado imitando a alguna otra criatura, y que hoy la recuerde como una ameba porque así era como me sentía: frágil y transparente. No puedo estar segura.

Y justo cuando estaba a punto de admitir mi derrota, la puerta del vagón se abrió.

La luz entrante nos conmocionó de tal modo que la cebolla se nos cayó al suelo y rodó por la rampa, una medialuna mordisqueada y hedionda que aterrizó a los pies del guardia. Imagino que el hombre puso cara de disgusto, pero la verdad es que no podía verle el rostro: sostenía un pañuelo sobre su nariz mientras lanzaba una serie de estornudos, y sólo paró de estornudar para alzar su bota

sobre nuestra cebolla, proyectando una sombra que eclipsó el pequeño globo. Vimos cómo la cebolla lloró al ser aplastada, con lágrimas de pulpa amarga. Después, el hombre se acercó, y las dos nos debatimos por ocultarnos dentro del voluminoso abrigo de Zayde. A pesar de que ya hacía bastante tiempo que éramos demasiado mayores como para usar a Zayde de escondite, el miedo nos empequeñeció, y logramos retorcernos tras los pliegues del abrigo, junto a su cuerpo menguado, para convertir a nuestro abuelo en una abultada figura con múltiples piernas. Ocultas en este refugio, parpadeamos. Y entonces oímos el ruido: el taconeo y el arrastrar de las botas del guardia ahí de pie frente a nosotros.

—¿Qué clase de insecto eres? —le preguntó a Zayde, golpeando con su bastón cada una de nuestras piernas de niña. Las rodillas comenzaron a dolernos. El guardia golpeó también las piernas de Zayde—. ¿Tienes seis piernas? ¿Eres una araña?

Estaba claro que el guardia no poseía ni el más mínimo conocimiento acerca de los seres vivos. Se había equivocado, pero Zayde no se molestó en señalarle que las arañas no son insectos. Normalmente, a Zayde le encantaba corregirnos con su sonsonete juguetón, pues le gustaba que todos los datos fueran correctos. Pero en aquel lugar era demasiado peligroso expresar cualquier tipo de conocimiento profundo sobre criaturas que se arrastraban, o que eran consideradas humildes, pues enseguida se te acusaría de tener demasiado en común con ellas. Debimos de haberlo pensado mejor antes de convertir a nuestro abuelo en insecto.

—Te he hecho una pregunta —insistió el guardia, mientras nos daba otro bastonazo en las piernas—. ¿Qué clase de insecto eres?

Zayde le proporcionó los datos en alemán: su nombre era Tadeusz Zamorski. Tenía sesenta y cinco años de edad. Era judío polaco. Guardó silencio, como si ya lo hubiera dicho todo.

Y nosotras tuvimos ganas de continuar por él, de proporcionar el resto de los detalles. Zayde había sido profesor de biología. Había enseñado esa disciplina en las universidades durante décadas, pero también era experto en muchas otras cosas. Si querías saber el significado de un poema, él era la persona adecuada para explicártelo. Si querías saber cómo caminar con las manos o encontrar una estrella, él te ensañaba cómo. En su compañía, una vez vimos un arcoíris completamente rojo, a horcajadas entre el mar y una montaña, y él a menudo brindaba a la memoria de ese suceso. *¡Por la belleza inso-*

portable!, gritaba, con los ojos rebosantes. Era tan aficionado a los brindis que siempre los hacía, indiscriminadamente. *¡Por el chapuzón matinal! ¡Por los tilos del portal!* Y en años recientes, sobre todo éste: *¡Por el día en que mi hijo volverá, vivo e intacto!*

Pero por mucho que nos hubiera gustado hacerlo, no le dijimos nada al guardia; los detalles se quedaron atorados en nuestras gargantas y los ojos se nos llenaron de lágrimas a causa de la cebolla muerta. Las lágrimas eran culpa de ella, nos dijimos, eso era todo. Y nos limpiamos las caras para poder ver lo que sucedía a través de los agujeros en el abrigo de Zayde.

Enmarcadas por estas claraboyas había cinco figuras: tres niños pequeños, su madre, y un hombre que llevaba una bata blanca y un cuaderno pequeño sobre el cual se inclinaba un bolígrafo. Los niños nos intrigaron: nunca antes habíamos visto trillizos. En Lodz había otro par de gemelas, pero un trío era algo de verdad inaudito. Aunque nos impresionó su número, tuvimos que admitir que nosotras ganábamos en cuanto al parecido. Los tres tenían idénticos rizos y ojos oscuros, idénticos cuerpos flacuchos, pero sus expresiones eran diferentes: uno entrecerraba los ojos a causa del sol, mientras que los otros dos fruncían el ceño, y sólo parecieron idénticos cuando el hombre de la bata blanca depositó unos caramelos en sus manos.

La madre de los trillizos era diferente a las demás madres del vagón de ganado. Escondía perfectamente su angustia, inmóvil como un reloj descompuesto. Una de sus manos flotaba sobre las cabezas de sus hijos, en una suerte de titubeo perpetuo, como si pensara que ya no tenía derecho a tocarlos. El hombre de la bata blanca no compartía esa actitud.

Era una figura intimidante, toda zapatos negros pulidos y cabello oscuro igualmente brillante, y mangas tan anchas que cuando levantaba los brazos el tejido se hinchaba y expandía como si fueran alas y reclamaran una parte desproporcionada del cielo. Era guapo como una estrella de cine y propenso al dramatismo: una serie de obvias expresiones de cordialidad atravesaban su rostro, ansioso porque todo el mundo se percatara del elevado límite al que llegaban sus buenas intenciones.

La madre y el hombre de la bata blanca conversaban, al parecer con cordialidad, aunque era el hombre el que más hablaba. Nosotras deseamos poder escuchar la conversación, pero supongo que nos bastó con ver lo que sucedió a continuación: la madre acarició

los cabellos oscuros de los trillizos y después se dio la vuelta, dejando a los niños con el hombre de la bata blanca.

Era un doctor, les dijo, mientras se alejaba, con pasos tambaleantes. Estarían a salvo, los tranquilizó, y se alejó sin volverse a mirarlos.

Nuestra madre, al escuchar esto, lanzó un chillido ahogado y se aproximó al guardia y tiró de su brazo. Su atrevimiento nos impresionó. Estábamos habituadas a una madre temblorosa, una que se estremecía al hacerle el pedido al carnicero y que se escondía de la sirvienta. Siempre pareció tener pudín en las venas, todo el tiempo tiritando, dándose por vencida, especialmente después de que papá desapareciera. En el vagón de ganado, se mantuvo calmada gracias a los dibujos de amapolas con los que llenó las paredes de madera. Pistilo, pétalo, estambre: los dibujaba con una extraña concentración, y sólo cuando dejó de dibujar se derrumbó. Pero en la rampa, nuestra madre adquirió una nueva solidez: sobresalía, gracias a su fuerza, de entre los hambrientos y los débiles. ¿Sería acaso la música la responsable de esta transformación? Mamá siempre amó la música, y aquel lugar estaba rebosante de notas alegres que nos recibieron al descender del vagón de ganado y nos atrajeron con alegría traicionera. Con el tiempo aprenderíamos la verdad que ocultaba aquella estratagema; aprenderíamos a desconfiar de las tonadas festivas en cuyo centro anidaba el sufrimiento; aprenderíamos que la orquesta tenía la labor de engañar a todos los que ingresaban; que los músicos estaban obligados a usar su talento para entrapar a los desprevenidos y convencernos de que el sitio al que llegábamos no estaba del todo despojado de aprecio por lo que era humano y hermoso. La música elevaba el ánimo de las multitudes que llegaban. La música flotaba entre la gente que atravesaba las puertas. ¿Era a causa de ella que Mamá podía atreverse a ser osada? Jamás lo sabría. Pero la admiré por su valentía.

—¿Es algo bueno ser mellizo en este lugar? —le preguntó al guardia.

El sujeto asintió y llamó al doctor, quien se encontraba acucillado sobre el suelo para poder hablar con los niños cara a cara. Parecían conversar todos muy amigablemente.

—*Zwillinge!* —gritó el guardia—. ¡Gemelas!

El doctor dejó a los trillizos en compañía de una enfermera y se acercó hacia donde estábamos, perturbando el polvo con sus botas

brillantes. Fue cortés con nuestra madre, y hasta le estrechó la mano mientras le hablaba.

—¿Tiene hijos especiales?

Sus ojos eran afables, hasta donde alcanzábamos a ver.

Mamá no sabía en qué pie apoyarse, súbitamente disminuida. Trató de liberar su mano del apretón pero el hombre seguía estrechándosela con fuerza, e incluso comenzó a acariciarle el dorso con la punta de sus dedos, como si nuestra madre fuera un ser herido que se calmara fácilmente.

—Sólo mellizas, no trillizos —se disculpó ella—. Espero que sea suficiente.

La carcajada del doctor fue estruendosa e hizo eco dentro de las cavernas del interior del abrigo de Zayde. Nos sentimos aliviadas cuando aquella risa finalmente amainó y pudimos escuchar la enumeración que Mamá hacía de nuestros talentos.

—Hablan un poco de alemán. Su padre les enseñó. Cumplirán trece en diciembre. Son buenas lectoras, las dos. A Pearl le encanta la música; es rápida, muy práctica y estudia danza. Y Stasha, mi Stasha —y aquí Mamá hizo una pausa, como si no estuviera del todo segura de cómo categorizarme, antes de declarar—: es muy imaginativa.

El doctor escuchaba la información con interés, y pidió que lo alcanzáramos en la rampa.

Titubeamos. Estábamos mejor dentro de aquel abrigo sofocante. Allí afuera soplaban un viento gris y abrasador que nos puso en alerta, y un aroma a chamusquina que lo impregnaba todo. Había rifles que proyectaban sombras y perros que ladraban y babeaban y gruñían como sólo pueden hacerlo los perros que han sido criados para la crueldad. Pero antes de que tuviéramos oportunidad de replegarnos aún más, el doctor apartó los telones del abrigo. Parpadamos debido a la luz del sol. Una de nosotras lanzó un gruñido. Puede que fuera Pearl, pero probablemente lo hice yo.

¿Cómo era posible, se maravilló el doctor, que nuestras bocas tan perfectas se desperdiciaran en gestos tan adustos? Nos sacó del abrigo, nos hizo dar una vuelta ante él y nos colocó espalda con espalda para admirar nuestra exactitud.

—¡Sonreíd! —nos ordenó.

¿Por qué obedecemos esa orden en particular? Por el bien de nuestra madre, supongo. Sólo por ella sonreímos, a pesar de que la

vimos aferrarse al brazo de Zayde con la cara encendida de pánico y gotas de sudor deslizándose por su frente. Yo había evitado mirar a Mamá desde el primer momento en que entramos al vagón de ganado. Miraba solamente las amapolas que dibujaba, concentrada en la frágil floración de sus rostros. Pero algo en su expresión artificial hizo que me diera cuenta de que mi madre se había transformado en una semiviuda, bella pero insomne, cuya personalidad se desvanecía. Alguna vez había sido la más remilgada de las mujeres, pero ahora parecía deshecha: su mejilla estaba surcada de polvo y su cuello de encaje colgaba sin gracia. Dos gemas apagadas de sangre se aferraban a las comisuras de su boca cada vez que ella se mordía los labios a causa de la angustia.

—¿Son *mischlinge*? —preguntó el doctor—. ¡Tienen el cabello dorado!

Mamá tiró de sus rizos oscuros, como si se avergonzara de su belleza, y sacudió la cabeza.

—Mi esposo era rubio —fue todo lo que pudo decir. Era la única respuesta que daba cuando el color de nuestro cabello hacía que ciertos curiosos le preguntaran si éramos de sangre mestiza. Y a medida que fuimos creciendo, escuchábamos cada vez más esa palabra, *mischling*, y el hecho de que la dijeran en nuestra presencia motivaba a Zayde a darnos La clasificación de los seres vivos. «No prestéis atención a todas las tonterías de Núremberg», nos decía. Debíamos olvidar todo ese asunto de las razas impuras, los cruces genéticos, los medio-judíos, y esos odiosos y absurdos exámenes que pretendían clasificar a nuestra gente según la más ínfima gota de sangre, o según el matrimonio o los lugares de culto. «Cuando escuchéis esa palabra —nos dijo una vez—, concentraos mejor en la variación de los seres vivos. Apoyaos en el espectáculo de esta maravilla.»

Supe entonces, ahí de pie frente al médico de la bata blanca, que el consejo de Zayde sería muy difícil de acatar en los días venideros, que nos encontrábamos en un lugar donde los juegos de Zayde no tenían validez alguna.

—Qué cosa tan curiosa son los genes, ¿verdad? —decía el doctor. Mamá ni siquiera trató de seguirle la conversación.

—Si se van con usted —dijo sin mirarnos siquiera—, ¿podremos verlas de nuevo?

—En su día de *sabbat* —prometió el doctor. Y después se volvió de nuevo hacia nosotras y manifestó su admiración por nuestras cua-

lidades: le encantaba que habláramos alemán, dijo, y le encantaba que fuéramos rubias. No le gustaba que nuestros ojos fueran marrones, pero eso, le dijo al guardia, podría resultar útil. Se inclinó aún más para inspeccionarnos, y extendió una mano enguantada para acariciar el cabello de mi hermana.

—¿Así que tú eres Pearl? —Su mano se hundió entre sus rizos con gran facilidad, como si llevara años haciéndole aquella caricia.

—Ella no es Pearl —dije. Di un paso adelante para ocultar a mi hermana, pero Mamá me apartó, y le dijo al doctor que efectivamente estaba en lo cierto.

—¿Les gusta hacer bromas? —rió el doctor—. Dígame su secreto: ¿cómo sabe quién es quién?

—Pearl no es inquieta —fue todo lo que Mamá le dijo, y yo me sentí aliviada de que no se extendiera en detalle respecto a nuestras diferencias identificables. Pearl llevaba un clip azul en su cabello. El mío era rojo. Pearl hablaba con ecuanimidad. Mi lenguaje era precipitado, fragmentado, lleno de silencios. El cutis de Pearl era pálido como un bollo. El mío estaba oscurecido por el sol del verano, salpicado de pecas como la piel de un caballo. Pearl era absolutamente femenina. Yo quería ser como ella, pero aunque lo intentaba, sólo lograba ser yo misma.

El doctor se inclinó para que pudiéramos estar cara a cara.

—¿Por qué mentiste? —me preguntó. Y, una vez más, lanzó una risita impregnada de familiaridad.

Si hubiera sido honesta, habría dicho que, a mi parecer, Pearl era la más débil de las dos, y que yo creía estarla protegiendo al convertirme en ella. Pero en vez de decir eso, le dije una verdad a medias.

—A veces se me olvida cuál de las dos soy yo —respondí débilmente.

Y es aquí donde ya no puedo recordar más. Es aquí donde quisiera que mi mente pudiera retroceder y sumergirse, más allá del olor, del tun-tun de las botas y de las valijas, hacia algo parecido a una despedida. Porque tuvimos que haber visto cómo nuestros seres amados se alejaban. Debimos haber sido capaces de ver cómo nos abandonaban, tener conciencia del preciso momento en que los perdimos. ¡Si tan sólo hubiéramos visto sus caras volviéndose, el destello de sus ojos, la curva de sus mejillas! Jamás hubieran permitido que los viéramos dándonos la espalda. Pero aun así, ¿por qué no nos quedó ni una sola imagen de ellos, aunque fuera de sus es-

paldas volviéndose mientras se marchaban, aunque fuera eso? La visión de un hombro, de un fragmento de abrigo de lana. ¡La imagen de la mano de Zayde colgando pesada a su costado! ¡La trenza de nuestra madre ondulando al viento!

Pero en vez de la presencia de nuestros seres amados, fuimos presentadas ante el hombre de la bata blanca, Josef Mengele, el mismo Mengele que se convertiría, durante sus años de clandestinidad, en Helmut Gregor, G. Helmuth, Fritz Ulmann, Fritz Hollman, Jose Mengele, Peter Hochbicler, Ernst Sebastian Alves, Jose Aspiazi, Lars Balltroem, Friedrich Edler von Breitenbach, Fritz Fischer, Karl Geuske, Ludwig Gregor, Stanislaus Prosky, Fausto Rindon, Fausto Rondon, Gregor Schklastro, Heinz Stobert, y el doctor Henrique Wollman.

El mismo hombre que ocultaría sus crímenes detrás de estos nombres nos pidió que lo llamáramos *Tío Doctor*. Nos hizo que repitiéramos este nombre una, luego dos veces, para que nos familiarizáramos con él y no cometiéramos errores. Y para cuando finalmente logramos pronunciar aquel nombre a su entera satisfacción, nuestra familia ya se había esfumado.

Y cuando notamos el vacío, ahí donde Mamá y Zayde habían estado, una certeza hizo que las piernas se me doblaran, porque entonces me di cuenta de que este mundo implicaba un nuevo orden de seres vivientes. Yo no sabía en ese entonces en qué clase de ser terminaría por convertirme; el guardia no me dio oportunidad de pensar en ello, pues me agarró del brazo y comenzó a arrastrarme, hasta que Pearl lo convenció de que ella podía conducirme y rodeó mi cintura con su brazo mientras nos alejaban de la rampa, en compañía de los trillizos, y nos conducían a través del polvo hacia un pequeño sendero que pasaba junto a los baños, en dirección al crematorio. Conforme marchábamos, con la muerte irguiéndose a ambos lados del camino, vimos cuerpos que aún eran cuerpos yaciendo sobre un carretón, amontonados y ennegrecidos, y uno de ellos extendía la mano, tratando de cerrarla en torno a algo, una especie de cuerda invisible que sólo los casi-muertos podían ver. Y la boca del muerto se movió. Vimos una lengua sonrosada que aleteaba y se debatía. Una lengua despojada de palabras.

Supe entonces lo importantes que eran las palabras para los vivos. Pensé que si lograba regalarle algunas de las mías, aquel muerto se recuperaría.

¿Fue estúpido pensar eso? ¿Una evidencia de imbecilidad? ¿Se me habría ocurrido aquello de haber estado en otro lugar, uno despojado de vientos chamuscados y de doctores de alas blancas?

Todas éstas son preguntas honestas. A menudo pienso en ellas, pero nunca he tratado de responderlas. Las respuestas no me pertenecen.

Todo lo que sé es que me quedé mirando aquel cuerpo, y que las únicas palabras que se me ocurrieron no eran mías. Perteneían a una canción que había escuchado en el tocadiscos de contrabando que teníamos en el sótano del gueto. Aquella canción me hacía sentir mejor cada vez que la escuchaba. Así que probé con esas palabras.

—*¿Te gustaría columpiarte en una estrella?* —comencé a cantarle al muerto.

No hizo un solo ruido, ni se movió en absoluto. ¿Sería a causa de mi voz chillona? Lo intenté de nuevo.

—*¿Puedes guardar rayos de luna dentro de un frasco?* —canté.

Fue patético por mi parte intentar aquello, lo sé, pero siempre había confiado en la habilidad del mundo para rectificarse a sí mismo, así tal cual, por medio de la simple bondad. Y cuando no hay ninguna bondad a mano, simplemente inventas nuevos órdenes y nuevos sistemas en los cuales creer, y en ese momento —ya sea por estupidez, o por imbecilidad—, yo creía que un cuerpo poseía la habilidad de reanimarse a sí mismo con el aliento de las palabras. Pero era obvio que las palabras de esa canción no eran las adecuadas. Ninguna de ellas podría desbloquear la vida en aquel cuerpo, ni eran suficientemente poderosas como para sanarlo. Busqué otra palabra, una buena, que pudiera regalarle —tenía que haber una que sirviera, estaba segura de ello—, pero el guardia no me dejó terminar. Me apartó de allí y nos obligó a apresurarnos, ansioso ya por ducharnos y procesarnos y numerarnos para que nuestra estancia en el zoológico de Mengele pudiera dar inicio.

Construyeron Auschwitz para impresionar a los judíos. Y Birkenau para matarlos con gran eficiencia. Apenas un par de kilómetros separaba a estos dos infiernos adjuntos. Por qué razón habían diseñado aquel zoológico, yo no lo sabía. Lo único que pude hacer fue jurarle a Pearl que ni ella ni yo seríamos jamás enjauladas.

* * *

Alguna vez las barracas del Zoológico fueron establos para caballos, pero ahora estaban repletas de seres semejantes a nosotras: gemelos, trillizos, quintillizos. Cientos y cientos de nosotras, todas embutidas en camas que no eran camas sino cajitas de cerillas, pequeñas ranuras donde nuestros cuerpos apenas encajaban, apiladas desde el suelo hasta el techo, comprimidas de tres en tres y de cuatro en cuatro en esas diminutas estructuras, de tal forma que una niña apenas podía saber dónde terminaba su propio cuerpo y dónde empezaba el de la otra.

Ahí donde miráramos, había un duplicado, un par de seres idénticos. Todas niñas. Niñas tristes, niñas bebés, niñas provenientes de lugares lejanos; niñas que podrían haber sido las hijas de nuestros vecinos. Algunas eran calladas; se posaban sobre sus colchones rellenos de paja y nos estudiaban, como si fueran pájaros. Y mientras caminamos bajo sus perchas alcancé a distinguir a las elegidas, las que habían sido seleccionadas para sufrir de determinada manera mientras que su otra mitad permanecía intacta. En casi todos los pares de gemelas había un miembro lastimado, una pierna torcida, un ojo tapado, una herida, una cicatriz, una muleta.

Cuando Pearl y yo nos acomodamos en nuestra litera, las que podían moverse descendieron hasta nosotras. Se repartieron entre los desvencijados corrales, sobre los colchones de paja, y examinaron nuestra similitud. Exigieron saber quiénes éramos.

Les dijimos que veníamos de Lodz. De una casa, primero. Y de un sótano en el gueto, después. Teníamos un abuelo, una mamá. Alguna vez tuvimos un padre. Y Zayde tuvo un cocker spaniel que podía hacerse el muerto cuando le hacían un gesto con el dedo y que volvía a la vida con igual facilidad. ¿Mencionamos que nuestro padre era un médico que ayudaba a los demás, tanto que una noche desapareció?, ¿que nos dejó por ir a atender a un niño enfermo y que ya nunca volvió? Sí, lo echábamos tanto de menos que ni siquiera alcanzábamos a repartirnos el peso de ese dolor entre las dos. Y había también otras cosas que abominábamos: los gérmenes, los finales tristes, el llanto de Mamá. Y cosas que amábamos: los pianos, Judy Garland, cuando Mamá lloraba menos. Pero, a fin de cuentas, ¿quiénes éramos? No había mucho que contar, aparte del hecho de que una de nosotras era una estupenda bailarina, y que la otra se esforzaba por serlo también aunque no era muy buena más que para ser curiosa. Ésa era yo.

Satisfechas con la información, las otras niñas nos ofrecieron la suya, en un clamor apresurado.

–Aquí nos dan más comida –dijo Alize, una niña tan pálida que casi podías ver a través de ella.

–Pero no es *kosher*, y te carcome por dentro –dijo su igualmente transparente gemela.

–Nos peinamos el cabello –afirmó Sharon, tirando de su trenza para mostrarla.

–Hasta que llegan los piojos –añadió su hermana esquilada.

–También nos dejan conservar nuestra ropa –dijo una de las rusas.

–Pero nos ponen cruces en la espalda –continuó su doble. Se volvió para que pudiéramos observar la escandalosa cruz roja que cruzaba su vestido, aunque no necesitaba ninguna demostración. También yo llevaba una entre los hombros.

Sus voces se apagaron abruptamente, y un silencio indeseable flotó entre nosotras, como si una nueva nube se hubiera instalado bajo las vigas del Zoológico. Todas las dobles se miraron inquisitivamente entre ellas: tenía que haber algo más de qué hablar, además de la comida y el cabello y la ropa. Entonces una voz brotó desde la litera inferior a la nuestra. Estiramos el cuello para ver a la niña que había hablado, pero ella y su gemela estaban acurrucadas una junto a la otra, coloradas como el muro de ladrillos. Nunca llegamos a ver el rostro de esta chica, pero sus palabras se nos quedaron grabadas para siempre.

–Nuestras familias están seguras, gracias a nosotras –dijo la extraña invisible.

Todas las chicas asintieron ante estas palabras, y Pearl y yo nos quedamos impresionadas por la avalancha de conversaciones que se desató mientras todas se felicitaban las unas a las otras por pertenecer a una familia que permanecía íntegra, no como el resto de la gente.

No quería preguntar lo obvio. Así que le di un pellizco a Pearl, para que ella lo hiciera por las dos.

–¿Por qué somos más importantes que los demás?

Su voz se fue encogiendo conforme llegaba al final de su pregunta.

Un aluvión de respuestas se desató. Todas tenían que ver con misiones, con grandeza, con pureza y belleza y utilidad. No escuchamos ni una sola que tuviera sentido.

Y antes incluso de que yo tratara de comprender ese concepto, la custodia encargada de vigilarnos entró en las barracas. A sus enormes espaldas la llamábamos *Buey*, porque lucía como un ropero con peluca, y tenía cierta tendencia a pisotear el suelo y a resoplar con la nariz durante sus arranques de furia, frecuentemente inspirados por nuestra supuesta desobediencia. Cuando Pearl y yo fuimos presentadas ante ella, sin embargo, la mujer no era más que una figura que asomaba la cabeza por el quicio de la puerta, que apenas se encogió de hombros y se indignó a causa de nuestras preguntas.

—¿Por qué nos llaman *El Zoológico*? —pregunté—. ¿Quién le puso ese nombre?

Buey se encogió de hombros.

—¿No es obvio?

Le respondí que no lo era. Los zoológicos sobre los que habíamos leído en los libros de Zayde eran lugares de conservación en donde se exponía la amplitud de la vida. Este lugar, en cambio, no era más que un siniestro acto de coleccionismo.

—Al doctor Mengele le gusta ese nombre —dijo Buey—. No encontrarás muchas respuestas aquí. ¡Y ahora, a dormir! Eso es algo a lo que sí tenéis derecho. ¡Y dejadme dormir a mí también!

Si tan sólo hubiéramos podido hacerlo. Pero la oscuridad que había allí era la más oscura que jamás había conocido, y el hedor se aferraba al interior de mi nariz. Un gemido surgió de la litera inferior, y afuera los perros ladraban y mi estómago no dejaba de gruñirles. Traté de entretenerme con uno de nuestros juegos de palabras, pero los gritos que lanzaban los guardias afuera sofocaban mi alfabeto. Traté de hacer que Pearl se uniera a mis juegos, pero ella estaba demasiado ocupada jugueteando con la telaraña plateada que decoraba nuestra esquina de ladrillo, para no tener que escuchar el susurro de mis preguntas.

—¿Preferirías ser un reloj que sólo diera buenas noticias? —le preguntaba—. ¿O uno que cantara?

—Ya no creo en la música.

—Yo tampoco. Ya no. Pero ¿preferirías ser un reloj...?

—¿Por qué tengo que ser un reloj? ¿Es mi única opción?

Quise explicarle que, en ocasiones, al igual que todos los seres vivos, las personas de tipo humano que presuntamente aún seguíamos vivas debíamos considerarnos simples objetos con el fin de

sobrevivir, que debíamos ocultarnos y buscar reparaciones sólo cuando éstas volvían a ser seguras. Pero en vez de decirle eso, preferí presionarla con otro cuestionamiento:

—¿Preferirías ser la llave que abre la puerta de un lugar que te salvará, o la que abre la habitación en la que todos tus enemigos serán destruidos?

—Preferiría ser una niña de verdad —respondió Pearl secamente—. Como solía serlo antes.

Quería explicarle que jugar le ayudaría a sentirse como una niña de verdad de nuevo, pero ni siquiera yo estaba segura de que eso fuera así. Los números que los nazis nos habían puesto habían convertido nuestras vidas en algo irreconocible, y en la oscuridad, lo único que podía ver eran esos números, y lo peor de todo era que no había manera de fingir que eran menos permanentes, o menos severos, o menos azules de lo que en realidad eran. Los míos estaban manchados y borroneados porque los pateé y les escupí, y tuvieron que sujetarme cuando me los hicieron, pero seguían siendo números. A Pearl también se los hicieron, y yo odiaba sus números incluso más de lo que odiaba los míos, porque esas cifras señalaban que éramos dos personas separadas, y cuando eres una persona separada, puedes ser apartada.

Le dije a Pearl que yo nos tatuaría de nuevo lo antes posible, para hacer que tuviéramos el mismo número, pero sólo lanzó el tradicional suspiro de los instantes de desesperación fraternal.

—Déjate de cuentos. Tú no sabes tatuar.

Le dije que sí sabía. Que un marinero me había enseñado a hacerlo, allá en Gdańsk. Que le había tatuado el dibujo de un ancla en uno de sus bíceps.

En realidad era mentira. O más bien, una media verdad, porque sí había visto cómo alguien tatuaba el dibujo de un ancla. Cuando veraneábamos en el mar, me pasaba todo el tiempo espionando a través del gris respiradero de un salón de tatuajes que tenía las paredes orladas de bosquejos de golondrinas y barcos, mientras que Pearl encontraba a un chico que le tomaba la mano junto a la proa cubierta de percebes de un bote. Así que, mientras que a mi hermana le eran revelados los secretos de la carne sobre la carne, el cosquilleo de otra palma entrelazada con la propia, yo me instruía al respecto de la intimidad con las agujas, la inmersión de una punta tan fina que sólo un sueño sería capaz de posarse sobre su punta.

—Yo nos haré iguales de nuevo, algún día —insistí—. Sólo necesito una aguja y tinta. Debe de haber alguna manera de conseguir esas cosas, dado que aquí somos especiales.

Pearl frunció el ceño y se volvió para darme la espalda con gran teatralidad. La litera lanzó un quejido y su codo salió despedido y se clavó en mis costillas. Fue un accidente. Pearl nunca me haría daño a propósito, aunque sólo fuera por el hecho de que, al hacerlo, se lastimaba ella misma también. Ése era uno de los grandes bemoles de nuestra hermandad: el dolor no era nunca algo exclusivo de cada una. No teníamos otro remedio que compartir los sufrimientos, y yo ya era consciente de que en aquel lugar tendríamos que encontrar la manera de dividir nuestro dolor, antes de que se comenzara a multiplicar.

Mientras reflexionaba sobre esto, una niña al otro extremo del lugar encontró una luz, una preciada caja de cerillas, y decidió que la mejor manera de aprovechar ese lujo era ponerse a hacer juegos de sombras para el público de las barracas. Así fue como todas nos fuimos quedando dormidas con una serie de figuras en sombras que cruzaban las paredes, avanzando de dos en dos, una junto a la otra, como en una procesión que conducía hacia algún arca invisible que podría proporcionarles protección y abrigo.

¡Esas sombras tenían tanto del mundo! Las figuras revoloteaban o reptaban o caminaban a cuatro patas hacia el arca. Ninguna de esas vidas era demasiado insignificante. La sanguijuela reafirmaba su valor, el ciempiés paseaba con aire despreocupado, el grillo cantaba. Representantes del pantano, de la montaña, del desierto, todos se inclinaban y culebreaban e incursionaban en las sombras. Los fui clasificando, de dos en dos, y la destreza de mi habilidad para hacerlo me reconfortó. Pero cuando su peregrinar se alargó, y las llamas comenzaron a extinguirse, las sombras se tornaron deformes. Sus espaldas se convirtieron en jorobas y sus miembros se dispersaron y sus columnas se disolvieron. Se transformaron en monstruos. Ni ellos mismos lograban reconocerse.

Mientras la luz siguió viva, las sombras perduraron. Y aquello ya era algo, ¿no es así?

Pearl

CAPÍTULO 2

Zugang, o los números nuevos

Stasha no lo sabía, pero desde siempre, desde el principio, fuimos más que un nosotras. Yo era solamente diez minutos mayor, pero eso bastaba para darme cuenta de lo diferentes que éramos.

Fue sólo en el Zoológico de Mengele que nos volvimos demasiado diferentes.

Por ejemplo, la primera noche Stasha se consoló con las sombras andantes, pero yo estaba demasiado conmocionada a causa del estertor de los moribundos como para prestarle atención a las sombras. ¿Stasha no les mencionó a la niña que agonizaba?

No estuvimos solas en nuestra litera esa noche. Había una tercera niña ahí, sobre nuestro colchón de paja, una pulguita febril con la lengua negra, que se acurrucó junto a mí y apoyó su mejilla sobre mi hombro mientras moría. Éste no fue un gesto de afecto: nuestra proximidad se debía únicamente al hecho de que no quedaba ni un centímetro de espacio libre en aquella cajita de fósforos, pero en los días posteriores me encontré deseando que aquella pobre niña sin melliza y sin nombre hubiera sentido algún consuelo a mi lado. Tenía que creer que no fue solamente la falta de espacio lo que acercó su mejilla a la mía.

Cuando el estertor cesó, las gemelas Stepanov, Alla y Nina, las dos niñas de once años que dormían en la litera de abajo, treparon a nuestro colchón y desnudaron a la niña muerta. Llevaron a cabo aquella tarea con inquietante destreza, como si llevaran toda la vida desvistiendo cadáveres. Alla se echó alegremente un suéter sobre los hombros mientras que Nina bailoteaba dentro de una falda de lana. Seguramente la desaprobación que sentí se me notó en la cara, porque entonces Alla me ofreció las medias de la niña y colocó bajo mi nariz la puntera gris y deshilachada, en un gesto de conciliación. Cuando aparté su regalo de un manotazo, Alla —una veterana, o

Número Antiguo– empleó el insulto reservado a nosotras, *Números Nuevos*.

–*Zugang!* –siseó.

Si no hubiera estado tan apabullada por aquella muerte ocurrida junto a mí, hubiera tratado de defenderme, pero en aquel momento me importó poco. Las Stepanov intercambiaron miradas de astucia, y luego Nina me guiñó un ojo, como reconociendo el gran favor que estaba a punto de hacernos. Sin cruzar ni una sola palabra, las dos sujetaron el cadáver de la cabeza y de los pies, y retiraron su exiguo peso de nuestra cama.

–Puede quedarse –dije.

Extendí una mano y la coloqué sobre el pecho aún tibio de la niña.

–Está muerta –alegaron–. ¿No ves el reguero que le sale de la boca? ¡Está muerta!

–¿Y qué? De todos modos necesita un lugar donde dormir, ¿o no?

–La ley lo prohíbe, *zugang*.

–¿Qué ley?

Estaban demasiado ocupadas bajando el cuerpo por la escalerilla como para responderme. Vi cómo los ojos de la niña se abrían mientras su cuerpo golpeaba los peldaños en su camino hacia el suelo. Las demás niñas se dieron la vuelta en sus camas para no atestiguar ese éxodo, pero yo vi cómo el cabello de la muerta se arrastraba por el umbral mientras sus portadoras la sacaban, y en cuanto desapareció de nuestra vista traté de recordar cómo eran sus ojos.

Pensaba que eran marrones, como los míos, pero la remoción de su cuerpo había sido tan súbita que ya no estaba segura.

De lo único que tenía certeza era de la vivacidad de las gemelas. Cuando volvieron a aparecer en la puerta, se sacudieron la mugre a palmadas. Nina giró para hacer revolotear su falda de lana, y Alla arrancó algunas pelusas del suéter robado. Parecían felices con sus nuevas posesiones. Nina se acercó tranquilamente con un bulto en sus manos, que arrojó hacia Stasha.

–Toma las medias –le soltó a mi hermana–. Y no actúes como si fueras demasiado fina como para usarlas.

Stasha contempló las medias, inertes y desamparadas, sobre su regazo. Le recomendé que las devolviera, pero Stasha no solía obedecer los consejos de nadie, ni siquiera los míos. Se las puso en las manos, como guantes, para gran deleite de Nina.

–Eres muy ingeniosa –reconoció con aprobación, y se retiró con su hermana a la litera de abajo, donde comenzaron a susurrar sobre su colchón, sin duda planeando su próxima adquisición de bienes, como las carroñeras que eran.

Todo el mundo sobrevivía a base de planes. De eso me daba cuenta. Stasha y yo tendríamos que dividirnos las responsabilidades de la existencia entre las dos. Tales reparticiones siempre nos habían resultado naturales, así que en ese mismo momento, en la oscuridad de la madrugada, nos dividimos nuestras necesidades: Stasha se preocuparía por la diversión, el futuro y lo malo. Yo me encargaría de la tristeza, lo bueno y el pasado.

Algunas de estas categorías se superponían, pero ya antes habíamos lidiado con estas duplicaciones. A mí me pareció un trato justo pero, cuando terminamos de repartirnos nuestras obligaciones, Stasha tenía dudas.

–Te ha tocado la peor parte –dijo–. Te la cambio. Yo tomaré el pasado, y tú el futuro. El futuro es más esperanzador.

–Yo estoy contenta con lo que me ha tocado –le dije.

–Toma el futuro. Ya tengo la diversión. Deberías tener el futuro. Eso equilibrará las cosas.

Pensé en todos los años que habíamos pasado tratando de que cada uno de nuestros gestos fuera idéntico. De pequeñas tratábamos de caminar la misma cantidad de pasos cada día, de hablar el mismo número de palabras, de sonreír las mismas veces. Comencé a retirarme hacia esos recuerdos, pero justo cuando comenzaba a calmarme, Buey resucitó nuestro terror. Con frialdad y eficiencia, aquella figura sosa oculta bajo una capa color avena se abrió paso a través de las barracas con la niña muerta, ahora vestida de lodo, en sus brazos. Sin decir una sola palabra, alzó a la niña hasta nuestra litera, la acostó bocarriba a mi lado y cruzó sus manos heladas sobre su pecho, y sus piernas a la altura de las pantorrillas. Con la lengua asomándole por entre los dientes, Buey llevó a cabo esa tarea a la manera de quien arregla flores en un jarrón para decorar la habitación de un huésped dilecto.

–¿Quién hizo esto? –preguntó Buey, en cuanto finalizó su tarea y la niña miraba las vigas del techo con ojos ciegos.

Nadie iba a responderle, pero a Buey no le interesaban las respuestas, pues prefería aprovechar cualquier oportunidad para intimidarnos.

—Os recomiendo que encontréis otra manera de entreteneros que andar dejando cadáveres junto a las letrinas, niñas. Todas vosotras sabéis que el doctor Mengele exige que cada niña del Zoológico sea contada por las mañanas. Si volvéis a sacarla de nuevo...

Dejó que las posibilidades flotaran en el aire para asustarnos más, y una vez cumplida esta misión, dio la vuelta y se marchó con un aleteo dramático de su capa color avena; sólo se detuvo para confiscarle las cerillas a la niña que había hecho los juegos de sombras. De nuevo todo volvió a la oscuridad, aunque no era lo suficientemente oscura como para ignorar la presencia de la muerte junto a nosotras.

—Incluso ahora parece hambrienta —observó Stasha. Con su dedo cubierto por la media, tocó la mejilla inmóvil de la niña—. ¿Crees que puede sentir algo todavía?

—Nadie siente nada cuando muere —le respondí. Pero ni siquiera yo estaba completamente convencida de esto. Si existía un sitio en donde los muertos podían seguir sintiendo cómo los torturaban, ese lugar seguramente era el Zoológico.

Stasha se sacó las medias de las manos y trató de colocárselas a la niña en los pies. Primero en el izquierdo, luego en el derecho. Una de las medias le llegó apenas hasta la mitad de la pantorrilla, mientras que la otra alcanzó a deslizarse con facilidad hasta la rodilla. Frustrada por esta diferencia, Stasha tiró de la prenda de lana para alinearla correctamente, y tuve que hacerle notar que las dos medias pertenecían a pares distintos y que no había manera de dejarlas igual. Nada tenía solución en aquel lugar. Lo único que podíamos hacer era ir tirando.

—Por favor —le supliqué a Stasha, cuando sus esfuerzos consiguieron abrir otro agujero en la media—, deja que me quede con el pasado, y también tomaré el presente. Lo que no quiero es el futuro.

Así fue como me convertí en la guardiana del tiempo y de la memoria. A partir de ese momento, la cuenta de los días me correspondería a mí sola.

3 de septiembre de 1944

En nuestra vida anterior, yo acostumbraba a hablar por las dos. Siempre fui la más sociable, la que poseía los métodos probados

para sacarnos de problemas y negociar intercambios con nuestros pares y con las figuras de autoridad. Este rol me convenía. Yo era la amiga de todo el mundo, y una buena representante de ambas.

Pronto nos dimos cuenta de que Stasha era mejor que yo para socializar en aquel nuevo mundo. Había adquirido arrojo. Mostraba sus dientes con severidad cada vez que sonreía, y caminaba con el equivalente femenino del pavoneo arrogante de un vaquero de película, o de un héroe de historieta.

Aquella primera mañana su cháchara fue incesante. Le hizo preguntas a todo el mundo, con la intención de facilitar nuestra adaptación. El primero en ser interrogado fue un hombre que se presentó ante nosotras como *Zwillingsvater*, o el Padre de los Gemelos. Se dio cuenta de que respondimos a la singularidad de este nombre con expresiones de curiosidad, pero no trató de explicarnos qué era lo que su apodo significaba, sólo dijo que todos los niños lo llamaban así. La gente del Zoológico, comprenderíamos más tarde, tenía la costumbre de asignar siempre nuevos nombres e identidades, y ni siquiera los adultos escapaban a esta regla.

—¿Cuándo veremos a nuestra familia? —le preguntó Stasha al Padre de los Gemelos, mientras éste se encontraba sentado sobre una caja de emalar, registrando toda la información relativa a nosotras para provecho de Mengele. Estábamos sentadas a su lado, detrás de las barracas de los chicos, con un intrascendente globo terráqueo tirado a sus pies, sobre el polvo. Los desplazamientos de este globo —una reliquia que generalmente permanecía guardada en el almacén— eran la envidia de todos nosotros, pues aquel objeto tenía la capacidad de viajar de campo en campo, mientras que nosotros debíamos permanecer anclados en el Zoológico. Uno de los muchachos —un tal Peter Abraham, a quien Mengele apodaba *un miembro de la inteligencia*— hacía de mensajero para el doctor, y gracias a este cargo había logrado robar este pequeño globo terráqueo, meterlo bajo su abrigo y atravesar los bloques con paso tambaleante, como aquejado de un extraño embarazo. Peter robaba el globo por las mañanas, y por las tardes los guardias lo confiscaban de nuevo. De esta manera, el mundo era constantemente capturado y recapturado y, con el tiempo y cada viaje, fue abollándose más. Le surgieron hoyos, sus fronteras se desdibujaron, países enteros desaparecieron totalmente. Pero seguía siendo un globo terráqueo y solía ser un objeto muy útil para tener a mano, porque durante

aquellas entrevistas uno podía concentrar la mirada en su superficie, en vez de observar la cara del Padre de los Gemelos, aunque supongo que ambos lucían igual de maltrechos y desanimados.

–Vemos a nuestros familiares los días festivos –respondió el Padre de los Gemelos, con su característica paciencia–. O eso es lo que Mengele dice.

El Padre de los Gemelos tenía veintinueve años de edad y era veterano del Ejército checo. Se conducía aún como un soldado, pero mostraba una fatiga seguramente exacerbada por sus obligaciones. Impresionado por su pedigrí militar y su fluido alemán, Mengele le confió la vigilancia de las barracas de los chicos, y también la tramitación de la documentación de todos los mellizos recién llegados al campo, documentos que posteriormente eran enviados al Departamento de Genética del Instituto Kaiser-Wilhelm, en Berlín.

Si pudiera afirmarse que alguna vez Mengele hizo algo bueno en su vida, esta buena obra habría sido la decisión de elegir al Padre de los Gemelos para el puesto. Los chicos lo querían mucho, se colgaban de él mientras les daba lecciones –de alemán y de geografía, sobre todo–, y también cuando pateaba una pelota de trapo a través de la cancha de fútbol con ellos, durante los extraños y breves partidos que jugaban juntos. En el Zoológico vivían algunas madres de hijos múltiples, a las que se les permitía residir allí a cambio de que colaboraran en el desarrollo de sus bebés, y todas estaban locas por el Padre de los Gemelos, pues decían que algún día sería un excelente padre de familia, aunque el hombre se encogía ante estos elogios y se limitaba a proseguir sin más, con sus maneras gentiles e ingeniosas. Las chicas sentíamos muchos celos de que los chicos tuvieran a ese aliado de su lado, mientras que nosotras sólo contábamos con Buey. Y de ella no aprendimos nada de este lugar en donde nos encontrábamos. Fueron las otras chicas de las barracas las que nos contaron que el Zoológico de Mengele había sido reubicado de su emplazamiento original al sitio en donde se levantaban las barracas de los romaníes, un par de semanas antes de que llegáramos. Los gitanos estaban muertos. Todos y cada uno de ellos habían sido exterminados. Para las autoridades del campo, su erradicación había sido necesaria, ante la propagación rampante del hambre y las enfermedades. No había sido aquél un problema de raciones adecuadas: los adultos claramente habían privado a sus hijos de comida. Los romaníes preferían cantar y bailar todo el día

que hacerse cargo de sus inmundicias. Lo único que podía hacerse por gente como aquélla era ponerles fin.

Había rumores de que Mengele trató de intervenir. Nadie sabía si aquello realmente era verdad. Sólo nos enteramos de que los romaníes habían sido gaseados y que nosotros, los mellizos de Auschwitz, llegamos y ocupamos su campamento. Justo a la entrada de nuestro nuevo recinto había una parcela desocupada en donde los alemanes reunían a los muertos y a los moribundos. La parcela se llenaba y se desocupaba con terrible constancia. Ése era nuestro paisaje más próximo.

También alcanzábamos a ver los abedules que se levantaban detrás de las alambradas electrificadas de cuatro metros de alto. Podíamos ver a las mujeres prisioneras en el campo adyacente. Si alcanzábamos a ver a nuestras madres, les arrojábamos nuestro pan con la esperanza de que ellas no lo arrojaran de vuelta, pues nuestras raciones eran las más grandes de todo el campo. Alcanzábamos también a ver los laboratorios a los que nos conducían los martes y los jueves, edificios de ladrillo de dos plantas, pero el resto de nuestra vista era muy limitada. Si alguien hubiera podido recogerlos y llevarnos volando, habríamos podido conocer más de Auschwitz, pero por lo demás nunca llegamos a conocer el Canadá, el almacén en donde nuestras antiguas pertenencias –nuestras gafas, nuestros abrigo, nuestros instrumentos y nuestras maletas, todo, incluso nuestros dientes y nuestro cabello y todo lo que pudiera considerarse valioso en el hecho de ser humano– se erguían en montículos. No vimos nunca los baños en donde a los prisioneros se les desnudaba ni, algo más al oeste, la pequeña alquería blanca en cuyo interior supuestamente había duchas. No vimos nunca los lujosos cuarteles de las ss, donde se celebraban las fiestas; fiestas amenizadas por las mujeres de la Calada, que eran conducidas allí para bailar y sentarse sobre los regazos de los nazis. No vimos nada de eso, y aun así pensábamos que ya conocíamos lo peor. No podíamos imaginarnos la enormidad de todo aquel sufrimiento, ni lo artero y calculado que podía llegar a ser. Cómo aquel lugar podía ir arrancando uno a uno los miembros de una familia, o mostrarle a un pueblo entero el rostro de la muerte de un solo y brutal golpe.

Al día siguiente de nuestra llegada, el Padre de los Gemelos asumió una actitud eficiente y estoica mientras llenaba nuestra documentación, aunque en ocasiones parecía manifestar cierta incerti-

dumbre mientras estimaba la importancia de alguna de nuestras respuestas, y el efecto que éstas ocasionarían en nuestras vidas. Miré cómo su mano titubeaba entre las casillas, antes de colocar una marca dubitativa.

—Ahora, decidme —preguntó—, ¿quién de las dos nació primero?

—¿De verdad es importante? —A Stasha nunca le había gustado esa pregunta.

—Para él, todo lo es. Mi hermana Magda y yo no sabemos quién nació primero. Pero dijimos que fui yo, para complacerlo. Así que dime, Pearl, ¿quién fue la primera?

—Yo —admití.

Mientras el Padre de los Gemelos proseguía con el cuestionario, Stasha dirigió sus preguntas a la doctora Miri, que aguardaba a que termináramos la documentación para llevarla al laboratorio. La doctora Miri era muy hermosa. Como una lila, solía decir la gente. Una flor solemne y meditabunda. Me recordaba un poco a Mamá, con su cabello oscuro y sus ojos demasiado grandes y su boca torcida, aunque la doctora Miri tenía un aire de muñeca, y la expresión de su rostro a menudo me parecía algo extraña: demasiado distante, demasiado lejana. El suyo parecía el semblante que uno asumía cuando se hallaba bajo el agua, observando las perturbaciones que ocurrían sobre las olas, allá arriba en la superficie.

Pero algo aún más extraordinario que la belleza de la doctora Miri era el hecho de que el doctor Mengele permitía que esa belleza se conservara intacta. La mayor parte de las beldades que ingresaban en el campo visual de Mengele terminaban transformadas, pues él no soportaba admirarlas. Por eso colocaba a las beldades en dos caminos diferentes: el de Ibi o el de Orli. Si te tocaba el camino de Orli, podías ser bella a tu llegada, pero al día siguiente te disfrazarían: Mengele se encargaría de inflar tu vientre e hinchar tus piernas hasta hacerlas parecer salchichas, y convertiría tu cutis en una máscara de cera y lo llenaría de llagas. Si te tocaba el camino de Ibi, podías irte a trabajar a la Calada y asomarte por la ventana y ale-tear como un extraño pájaro colorido, y escuchar cómo la madama negociaba tu precio con los hombres que tocaban a la puerta. El camino de la doctora Miri, el camino de una doctora judía que era respetada por Mengele, era el más raro de todos.

Orli e Ibi eran las hermanas de la doctora Miri. Ella no las veía muy a menudo. Si alguien quería hacer llorar a Miri, lo único que

debía hacer era mencionarlas. Mengele lo hacía a menudo, cada vez que le parecía que el trabajo de la doctora en el laboratorio era insatisfactorio, o cuando quería obligarla a hacer cosas que no quería hacer. En los días por venir me tocaría atestiguar frecuentemente estos intercambios, pero aquel primer día en el campo sólo vi a la doctora Miri, ahí parada junto a nosotros, aguardando nuestra documentación.

—¿Cuándo nos iremos de aquí? —le preguntó Stasha. El silencio flotó en el aire.

—Hay planes al respecto —dijo la doctora Miri, después de cruzar una mirada con el Padre de los Gemelos, la clase de mirada que los adultos emplean cuando deben abordar temas delicados que ya han abordado numerosas veces en el pasado y que aún no logran resolver—. Ya hemos comenzado a hacer planes, pero aún no sabemos...

Se salvó de tener que responder cuando una mujer llegó corriendo con sus bebés en brazos, dos bultos envueltos en mantas grises, con las caras ocultas.

A veces, si los gemelos eran aún bebés, se permitía que sus madres vivieran en el Zoológico con ellos para que hicieran de nodrizas. Erika era una de esas madres. Todo el mundo sabía quién era Erika porque su esposo se las había apañado para matar a un guardia antes de ser ahorcado: había ocultado una cuchilla en el interior de su boca, con la que acuchilló al guardia antes de que logran colgarlo. A sus hijos siempre les quedaría ese legado, solía exclamar a menudo Erika, aunque esto fuera de poco consuelo para los bebés, cuyos constantes berridos los hacían parecer demasiado conscientes de la historia reciente para su corta edad.

Stasha se acercó a Erika y trató de inspeccionar los fardos. Temí que le pidiera cargar a los bebés (mi hermana solía creer que era más capaz de lo que realmente era) pero, afortunadamente, sólo le interesaba seguir haciendo sus preguntas.

—¿Y qué comeremos? —le preguntó a Erika, quien en aquel momento le entregaba uno de sus niños a la doctora Miri. Vi cómo la doctora se ponía tensa al atisbar el rostro del niño, aunque felizmente Erika pareció no darse cuenta de esta reacción, concentrada como estaba en responderle a Stasha con un amargo tono didáctico.

—¡Sopa que no es sopa! —proclamó alegremente.

—No sabía que había sopa así. ¿Qué le echan a esa sopa?

–¿Hoy? Raíces hervidas. ¿Mañana? Raíces hervidas. ¿Al día siguiente? Raíces hervidas y una pizca de nada. ¿Te parece bien eso?

–Seguramente hay cosas mejores. –Stasha señaló a los dos bebés con un movimiento de su cabeza–: Suerte que tus gemelos no tienen que comer esa clase de sopa.

–Ponte a rezar, entonces –le ordenó Erika–. Y si tus rezos no se hacen realidad, cómetelos. Un cuerpo puede hartarse a base de puros rezos.

Los bebés se percataron de la absurdidad de aquella sentencia y comenzaron a chillar.

–Nosotras no rezamos –respondió Stasha, alzando la voz para ser escuchada por encima de los berridos.

Dejamos de rezar en el otoño de 1939. El 12 de noviembre. Y al igual que muchos otros que también habían dejado de rezar, se trató de un acontecimiento familiar, precipitado por una desaparición. Aunque, para ser más precisa, debería decir que la oración experimentó un repunte que duró una semana, luego dos, pero no murió del todo hasta que llegó el primer deshielo. Y para cuando los jacintos comenzaron a florecer de nuevo en el patio, la oración era ya una cosa sepultada.

Pero no iba a contarle nada de esto a Erika, quien para entonces ya nos miraba arqueando las cejas con desdén. Miró las cabezas de sus bebés y las cubrió con su bufanda, como queriéndolas proteger de nuestra falta de fe.

–Pasaréis tanta hambre que cambiaréis de opinión –murmuró.

Entonces ella y el Padre de los Gemelos intercambiaron unas palabras en checo, cuyo significado era desconocido para nosotras, aunque mi impresión –por la forma contundente con que terminaban sus palabras y su transmisión entrecortada– fue que cada uno de ellos trataba de poner en su lugar al otro. Y mientras la discusión se fue volviendo cada vez más acalorada, el rostro de la doctora Miri se llenó de dolor y de miedo –una expresión muy semejante a la que aparece en el rostro de un niño que es testigo de una pelea entre sus padres–, y se interpuso entre los dos pendencieros para emitir una sugerencia.

–Tal vez –dijo, con una voz que resultaba encantadora a pesar del hecho de que tuvo que gritar para hacerse oír–, tal vez en lugar de rezar, podríais desear. Porque deseos sí pedís, ¿verdad? Podéis pedir tantos deseos como queráis en este lugar.